

CONOCIMIENTO Y CULTURA

I

1.- En un trabajo anterior hemos tratado de establecer las relaciones entre el conocimiento científico y el conocimiento cultural, llegando a la conclusión de que el primero es parte del segundo y de que, por ende, entre ellos no cabe oposición alguna y de que los conflictos que a veces se plantean en ese terreno provienen de una deformación, hecha por sus representantes, generalmente por los hombres de ciencia, cuando carecen de cultura general.

Si nos hemos referido particularmente al conocimiento científico frente al cultural es porque allí suele plantearse la oposición, que hemos procurado dilucidar -desde la esencia de ambos conocimientos.

Ahora deseamos establecer de ¿in modo general, y prescindiendo de todo conflicto, las relaciones entre conocimiento en general y conocimiento cultural: queremos determinar qué es lo que hace que un conocimiento se convierta en cultura y cuándo y en qué condiciones un conocimiento hace al que lo posee un hombre culto.

Para dilucidar esta cuestión ningún método es más adecuado que el análisis y la confrontación de ambas nociones: de conocimiento y de cultura.

2.- El conocimiento es la aprehensión inmaterial o consciente de la realidad distinta de la propia. A diferencia de la posesión material o subjetiva, en que un objeto, es recibido en otro - como un papel o un color en la mesa o el alma en el cuerpo- formando un compuesto accidental o sustancial, según los casos, en el conocimiento un objeto es aprehendido como objeto, es decir, distinto del propio sujeto, o sea, de una manera opuesta a la material: de una manera inmaterial o intencional.

Los grados de inmaterialidad constituyen los grados de objetividad o intencionalidad cognoscitiva. De aquí que, en los sentidos, en que la inmaterialidad no es total, tampoco la objetividad o el conocimiento es perfecto: se detiene en la aprehensión de los objetos distintos del sujeto, pero no formalmente como objetos ni, consiguientemente, como ser o realidad distinta del sujeto. Los sentidos aprehenden de un modo concreto las cualidades fenoménicas bajo, las cuales el ser es aprehendido sin ser develado o visto.

Sólo con la inmaterialidad total, que es la espiritualidad, se logra la objetividad perfecta, la aprehensión consciente del objeto como objeto o, lo que es lo mismo, como ser trascendente y distinto del ser del sujeto.

Ambos conocimientos actúan en íntima dependencia: el sensitivo sirve al intelectual, ya que éste no encuentra su propio objeto, el ser o esencia de las cosas, sino en el objeto o datos concretos de los sentidos.

En estos objetos del conocimiento sensible, mediante la abstracción de las notas materiales individuantes, la inteligencia de-vela el ser o esencia de las cosas materiales, como su primer y formal objeto con la ayuda permanente de los sentidos y reintegrando la esencia universal en la existencia de la realidad concreta, de donde fue abstraída; en el juicio aprehende la existencia de las cosas del mundo circundante y del propio ser.

A partir de la existencia de esos seres, el entendimiento llega a conocer la existencia del Ser de Dios, cuya naturaleza espiritual, así como la del ser del alma, llega a aprehender con conceptos análogos, elaborados a partir de los conceptos propios, con que directa e inmediatamente aprehende las cosas materiales.

Tal, en síntesis, el proceso natural con que se desenvuelve el conocimiento humano: aprehensión de las cualidades materiales, del color, extensión, etc. de una manera concreta, en los que, por eso mismo, se oculta el ser, por los sentidos; y de-velación de este ser o esencia de los objetos materiales y del propio ser del sujeto y captación de la existencia de los mismos por medio de la inteligencia; y aprehensión del Ser infinito de Dios, como Causa Primera del ser finito del mundo y del propio ser personal, por el raciocinio de la razón.

En esta de-velación al descubrimiento sucesivo, en extensión y profundidad, del ser como es, los sentidos y el entendimiento proceden por una inclinación natural necesaria, que sólo la libertad puede interferir, hasta cierto grado al menos, apartando a la inteligencia de su objeto: el ser o verdad de las cosas.

3.- Esta de-velación progresiva del ser, sobre todo de sus zonas más alejadas del objeto inmediatamente dado a los ojos de la inteligencia -el ser o esencia de las cosas materiales- que es precisamente el objeto espiritual que más interesa al hombre y a su vida, se hace cada vez más penoso y difícil para la inteligencia, a la vez que se hace más fácil la caída en el error.

La constancia en la fidelidad a su objeto: el ser o la verdad; la penetración objetiva en los senos cada vez más oscuros y difíciles de de-velar; la progresiva extensión de éste mediante los pasos del raciocinio, tanto inductivo como deductivo, a partir del objeto inicial e

inmediatamente aprehendido; las desviaciones por los fáciles caminos del error, exigen un ejercicio o cultivo de la inteligencia, un enriquecimiento de la misma con las cualidades permanentes o hábitos, que faciliten su difícil tarea de ver la verdad o el ser de las cosas como es, aun en tales objetos alejados de la luz de la evidencia o manifestación inmediata de la propia verdad.

II

4.- *La cultura es el desarrollo armónico de todas las actividades y zonas del ser del hombre -y de los objetos del mundo que lo sirven- de un modo jerárquico, que culmina en la perfección o bien del propio espíritu en la posesión de sus objetos: la verdad y el bien trascendentes que en última instancia, son la Verdad y el Bien infinitos.*

Tal realización cultural en su origen es siempre y esencialmente obra del espíritu: de la inteligencia, que de-vela el ser o- verdad como bien o valor de las diferentes zonas de su propio ser y del ser de las cosas, y de su voluntad, que se lo, propone o decide y que luego realiza, ya inmediatamente por sí misma en su propia actividad, ya en el cuerpo del propio hombre, ya en los objetos del mundo circundante, mediante la actividad del cuerpo y de los instrumentos de que echa mano.

La cultura brota del espíritu en busca de los bienes o valores trascendentes, sólo asibles y realizables formalmente y como tales por el espíritu; y, por ende, no es sino el perfeccionamiento o acrecentamiento ontológico de la realidad natural, del ser como es, material y espiritual .-mundo y hombre- por el espíritu, para lograr alcanzar en él los bienes descubiertos y propuestos por el propio hombre. En tal sentido la cultura es la realización de los bienes o valores del espíritu en la naturaleza material y espiritual, o sea, en el ser y actividad de la materia y del espíritu, tal cual son realmente dados, para que alcancen la cima de la perfección que el espíritu se propone, y en definitiva, para mejor alcanzar su propio bien o perfección: es una suerte de impregnación del propio espíritu en las cosas y, si tenemos presente que el hombre es tal por su vida espiritual, es una impregnación del hombre: un humanismo, Por eso, esencialmente, cultura y humanismo son lo mismo.

5.- *Subjetivamente la cultura o el humanismo tiene por causa exclusiva originaria al espíritu y es, por eso mismo, también fruto exclusivo de él. Los sentidos internos y externos, el cuerpo humano -las manos sobre todo- y los objetos exteriores de que el espíritu -inteligencia y voluntad- echa mano para realizar sus bienes en los objetos exteriores, sólo son instrumentos o*

causas enteramente sometidas y gobernadas por la acción del espíritu, fuente radical exclusiva de la cultura o humanismo.

La cultura, pues, subjetivamente tiene sus raíces causales en la inteligencia, que de-vela o des-cubre el ser como tal, y el bien o valor, que no es sino el ser en cuanto acto o perfección que conviene a otro ser; y en la voluntad libre, que es la única capaz de decidirse a elegirlo, de proponérselo y luego realizarlo, ya por sí sola, ya por sí y los instrumentos materiales sometidos a ella y de los que ha menester para su efectuación material.

Pero, objetivamente el campo de acción del espíritu en su obra de conquista espiritual o de los bienes del espíritu o, más brevemente, de su obra de cultura o humanismo, es el mundo natural del ser y actividad tanto material como espiritual y comprende, por eso, el perfeccionamiento: 1) en el propio espíritu a) de la actividad intelectual, tanto especulativa -de contemplación o posesión de la verdad o del ser, como es- como práctica -de transformación del ser como debe ser-, es decir, de las normas directivas de acción para el propio perfeccionamiento espiritual y de los objetos exteriores- y b) de la actividad volitiva o estrictamente práctica, que es el perfeccionamiento de la libertad u obrar moral; y 2) en los objetos materiales, para conseguir el bien de su belleza o utilidad, mediante el perfeccionamiento del hacer artístico-técnico que lo realiza.

La cultura objetiva abarca, pues, la naturaleza finita, a saber a saber la realidad espiritual y material finita, tal cual es dada por su Creador, en todo su ámbito. La finitud del ser creado es quien permite al espíritu su perfeccionamiento, su perfeccionamiento cultural cuando este espíritu es también finito, como en el caso del hombre.

6.- La cultura de la inteligencia es, pues, **un** sector de la cultura objetiva, el primer y fundamental sector del propio espíritu por perfeccionar.

*La **cultura** de la inteligencia se logra, en primer lugar, mediante la repetición de los actos, que crean en ella los hábitos con que la facultad queda capacitada de un modo permanente a orientarse hacia la verdad, aún por los caminos más arduos para su descubrimiento, y a resguardo de extraviarse por los senderos del error. La facilidad natural de la inteligencia para descubrir el ser o verdad especulativa es robustecida por estos hábitos y a la vez extendida hasta nuevos dominios, adonde con la sola facilidad natural difícilmente podría llegar, con la consiguiente capacidad habitual para evitar los errores, aún -los más ocultos y difíciles de evitar.*

*Lo que va, por ejemplo, de una natural facilidad natural de razonar de la inteligencia a la seguridad y extensión progresiva de los raciocinios efectuados y controlados con las precisas leyes de la lógica y los métodos matemáticos de la logística bien asimilados, es un ejemplo de lo **que** va de un conocimiento natural a uno cultural de la razón.*

Tal cultura de la actividad intelectual no se refiere únicamente, a los raciocinios, que ayudan a sacar las consecuencias contenidas en los principios -hábito de la Ciencia- o a alcanzar las primeras causas de las cosas -hábito de la Sabiduría o Filosofía, especialmente de la Metafísica, que es su cima- sino también a la actividad de la inteligencia práctica, para descubrir en la luz del Bien o Fin último, las normas que ordenan la libertad del hombre para su consecución -Ciencia Moral- y para ajustarla a las circunstancias concretas de cada situación real -Prudencia- así como a las reglas del entendimiento, que dirigen la actividad material del hacer artístico y técnico -Ciencia Práctica- y su aplicación a cada caso concreto -Virtud del Arte-.

Tal es la diferencia entre el conocimiento vulgar de la inteligencia del llamado sentido común, y el conocimiento culto: aquél procede por una inclinación natural, que capta fácilmente los objetos y principios inmediatamente dados, y con más dificultad los que de él se alejan, y está expuesto siempre a equivocarse, sobre todo cuando se trata de consecuencias muy alejadas de sus principios a través de un arduo raciocinio, o de objetos relacionados con la conducta humana, en que las pasiones fácilmente oscurecen la visión de los mismos; mientras que éste procede encauzado con los hábitos, que perfeccionan y capacitan la inteligencia para ver con más facilidad la verdad y ampliar en extensión y profundidad los dominios de su objeto, con una gran seguridad de no desviarse de las exigencias de la verdad de los mismos.

La cultura de la inteligencia conduce naturalmente al enriquecimiento de la misma con la adquisición de nuevos conocimientos; pero primordial y esencialmente no consiste en ello, sino en la adquisición de los hábitos o virtudes intelectuales que acrecientan su fuerza aprehensiva natural y la capacitan así de un modo permanente para alcanzar la verdad en un ámbito cada vez más amplio y hondo, aún en las zonas más difíciles de descubrir y con seguridad, vale decir, de una manera en que la inteligencia controla reflexivamente sus propios pasos para alcanzar la verdad y lograr así la conciencia de la seguridad alcanzada en la verdad, es decir, de la certeza.

7.- *Tal el sentido de la auténtica cultura del conocimiento de la inteligencia.*

Sin embargo, hay otra acepción de la cultura intelectual, ampliamente difundida y aceptada y que está en íntima dependencia con la anterior. Se trata de un cultivo que confiere a la inteligencia lo que se ha dado en llamar "conocimientos generales".

Frente a un cultivo de un sector limitado de la inteligencia, verbigracia, de una ciencia especializada, se coloca un cultivo de la inteligencia en todo el ámbito de su objeto y en los principios supremos que la gobiernan. Tal perfeccionamiento de la inteligencia en todo el ámbito de la verdad, sin la restricción de especialización, es lo que constituye la cultura, en este segundo sentido.

El hombre culto en oposición al especialista puro, posee de un modo habitual los conocimientos más universales o generales acerca del mundo y del hombre y sabe ubicar con justeza los hechos naturales dentro de la unidad superior que los comprende y juzgar con acierto sobre los acontecimientos humanos en la luz de esos principios y normas supremas. En una palabra, culto, en tal sentido, es el que posee los principios universales y la prudencia para aplicarlos a la realidad concreta. En el fondo, se trata de un cultivo o cultura filosófica - y teológico en la economía cristiana que vivimos-, la cual, sin llegar siempre a ser reflexiva y especializada de la misma, confiere una visión cabal del mundo y de la vida y da a los hechos naturales y humanos una apreciación ajustada a la verdad, sin penetrar en conocimientos muy hondos y precisos, propios de la especialización y sin poder, generalmente, dar una fundamentación rigurosamente filosófica de sus juicios.

Se trata de un enriquecimiento habitual de la inteligencia, logrado con su cultivo permanente y ordenado mediante su buen uso y el estudio, siquiera somero y general de la filosofía, de los principios y conclusiones fundamentales de las diversas ciencias y de la observación y apreciación de los hechos naturales y humanos. Sin llegar a crear los hábitos o virtudes intelectuales estrictamente tales, mencionados en el párrafo anterior, tales hábitos han sido logrados, hasta cierto punto al menos, favorecidos generalmente por una riqueza o facilidad natural, no común, del entendimiento, para descubrir los principios y para esclarecer en su luz las verdades particulares teóricas y prácticas.

8.- *A una adquisición más firme de esta cultura, cimentada fundamentalmente en los principios de la Filosofía, de la Teología y de la Prudencia, ayuda eficazmente un conocimiento bien asimilado de la Historia, de sus hechos y direcciones fundamentales, de las Humanidades Clásicas greco-latinas y de la Literatura e Idioma propios.*

En efecto, el conocimiento de la Historia ayuda a ubicar y apreciar justamente los hechos humanos. Con todo el ámbito dejado a la iniciativa de la libertad en cada caso similar de la historia, la verdad es que los hombres, considerados en conjunto, frente a situaciones semejantes y a análogos motivos, suelen obrar de un modo análogo, si se prescinde de las diferencias individuales con que la libertad modifica este mismo modo general de obrar. Tal conocimiento, por eso, es sumamente importante para enfrentar la vida, sobre todo para el que, en un grado mayor o menor, cumple una función de gobierno. En tal sentido la historia y su conocimiento sigue siendo, desde Cicerón, la aleccionadora de los hombres -especialmente de los gobernantes- y de los pueblos: la magistra vitae. Por su parte, Santo Tomás incluye el conocimiento de la historia entre las virtudes integrantes de la virtud de la prudencia, de un modo especial de la prudencia política.

La madurez del pensamiento y, en general, de la cultura occidental cristiana cuajó en las formas clásicas, especialmente en sus instituciones, literatura y artes en general y en su idioma, como encarnación de su estirpe. El estudio del griego y del latín clásico y cristiano es, por eso, educador por sí mismo, transmisor de los modos de pensar, querer y sentir, que expresan el desarrollo o cultura normal del hombre. Cada época tendrá derecho a crear sus propias formas de expresión idiomática, artísticas y técnicas, y hasta su estilo propio de vida de acuerdo a sus medios, situaciones concretas, como encarnación histórica de los principios inmutables como la naturaleza humana a que se ajusta la cultura específica del hombre; pero precisamente para iniciarse en esta cultura humana esencial y permanente como el hombre a través de todas sus vicisitudes históricas, nada ayuda tanto como el cultivo de las humanidades: de la literatura, del idioma y formas clásicas greco-latino-cristianas, como encarnación precisamente de esa cultura específica y permanente del hombre.

También coadyuva a la adquisición de esta cultura el conocimiento, de la literatura y del idioma vernáculos: encarnan ellos las tradiciones y expresan el espíritu de un pueblo, su psicología y manera de ser, fuera de que su dominio es indispensable para la expresión adecuada de la cultura y para una comunicación espiritual, indispensable para el acrecentamiento del acervo cultural individual y social.

De aquí que el nivel cultural de un pueblo, en el plano de la inteligencia -del que aquí solamente tratamos- se logre con -el cultivo de estas materias básicas: de la Filosofía y de la Teología, de la Historia, de las Humanidades Clásicas en (toda su amplitud: de artes, instituciones y lenguas greco-latinas y de la Literatura y conocimiento teórico, y práctico del propio Idioma. Materias éstas que han de ser fundamentales en el ciclo secundario -ciclo de

formación eminentemente humana y cristiana- y que se han de continuar, más hondamente, en el ciclo superior, en que el cultivo de las ciencias, las artes y las técnicas, para no deformarse y alcanzar un auténtico sentido humano-cristiano, han de cimentarse en este desarrollo cultural específico humano-cristiano, el cual constituye la esencia misma de la formación universitaria, como base común a todas las Escuelas o Facultades de estudios especializados.

9.- Este cultivo, de la inteligencia con las disciplinas de formación general, eminentemente humano-cristianas, engendra al hombre culto o de cultura general, como se le suele llamar, que, sin llegar a ser un especialista y hasta en oposición a éste, cuando se trata de un científico especializado puro, tiene la ventaja sobre él de poseer los grandes principios teóricos de la verdad y práctico-normativos del bien y de saber ubicar en su preciso lugar, ¿dentro de la verdad total, las verdades de las ciencias particulares y apreciar en su justo alcance las acciones y acontecimientos humanos; que aquél, con sus conocimientos especializados, no siempre logra alcanzar.

Tal ventaja se funda en que el hombre de cultura general -nos referimos siempre a la intelectual- se ha desarrollado como hombre es decir, en todas sus dimensiones humanas -y cristianas, en el plano sobrenatural en que de hecho vive actualmente- mientras que el hombre de ciencia o el artista, desprovisto de tales conocimientos generales, se han cultivado como científico o artista y no como hombres.

Tal cultura general de la inteligencia es la base para la ulterior cultura o creación de los hábitos o virtudes morales y técnico-artísticas de la voluntad -de las que aquí no tratamos- con las cuales se constituye el hombre totalmente culto.

De ahí que tal cultura humana general de la inteligencia sea indispensable, en cierta medida al menos, en todo hombre y cristiano, como base de toda ulterior cultura especializada, científica, artística y técnica, porque sin ella se carece de la cultura que el hombre como hombre y cristiano necesita para poseer la ajustada visión del mundo y de &ti vida y de las normas de su conducta, que ningún conocimiento especializado puede suplir, porque no es cultura o perfeccionamiento del hombre como tal; y que incluso sin tal cultura humana o humanismo puede conducir, como de hecho conduce frecuentemente, a un desconocimiento y a un desprecio de las grandes verdades fundamentales -teóricas y prácticas- para la vida humana y cristiana y, consiguientemente, a una deformación del objeto de la propia ciencia, según hemos señalado en el trabajo anterior.

Mons. Dr. Octavio N. Derisi